

# APOSTOL Y CIVILIZADOR

BOLETIN DE DIVULGACION DE LA FIGURA Y OBRA DE  
FRAY JUNIPERO SERRA "EL APOSTOL DE CALIFORNIA".



Publica: Fraternidad de Franciscanos O.F.M. PETRA (Mallorca) ESPAÑA, Tel. 561267

Director: P. Salustiano Vicedo o.f.m

NOVIEMBRE 1975

NUMERO 20

DEPOSITO LEGAL P. M. 178 - 1974

## SEGUNDO CENTENARIO DEL MARTIRIO del PADRE LUIS JAUME

La noche del 5 al 6 de  
Noviembre de 1775  
fue bárbaramente ase-  
sinado por los indios



En altas horas de la noche los indios asaltaron la Misión de San Diego sufriendo trágica muerte el P. Luis Jaime. Con tal motivo dedicamos este número a la conmemoración de este segundo centenario, uniéndonos así a la villa de San Juan (Mallorca) que ha celebrado este año en distintos actos el martirio de su hijo predilecto.

El P. Vicente Fuster, compañero del P. Jaime y testigo de los hechos, en una narración viva, detallada y conmovedora informa al Presidente de las misiones, Fray Junípero Serra, de todo lo ocurrido en aquella rebelión de los indios.

— 0 —

"Reverendo Padre Presidente Fray Junípero Serra. Jesús, María y José. — Mi siempre venerado Padre: con el mayor sentimiento de mi alma, me es preciso comunicar a Vuestra Reverencia los lastimosos estragos de esta abrasada Misión, en la que me hallo, sin mérito, Ministro: A Dios gracias, que uno de los Padres lo puede contar, pues el intento de los malos no era éste, sino el total exterminio de toda la gente blanca, siendo su primer objeto los Padres: porque a mí no me cupo esta suerte? lo dejo para los inescrutables juicios de Dios; pues por mí sólo digo, que obró su infinita piedad, y misericordia para la enmienda de mis muchas culpas, a cuyo beneficio confieso no ser suficientes mis días para el debido reconocimiento o agradecimiento; y así suplico a Vuestra Reverencia, me ayude a dar a Dios las gracias.

El día 5 de este mes de noviembre, como a la una de la noche, fue tanta la multitud de indios gentiles, y cristianos que llegó a la Misión, que según el juicio de los soldados, pasó de seiscientos, lo primero que hicieron fue cercar la ranchería, luego la Misión por los cuatro vientos, saquearon la iglesia de las alhajas que pudieron, y luego le prendieron fuego, a la que inmediatamente se siguió la Guardia, y casa donde moraba el Padre Fray Luis, yo dormía en el Almacén, o troj, que fue el último, a que dieron fuego; a la gritaría, y ruido de las escopetas salí medio dormido de casa sin saber, qué era lo que sucedía, y como había de ir a otra parte, quiso Dios fuera a la Guardia, llegué corriendo, y pregunté a los soldados: Qué es esto? y apenas lo pronuncié, cuando vi alrededor de mi cuerpo tantas flechas, que no era posible adivinar, no tuve otra acción, que quitarme el manto, e incorporarme con la misma pared de la Guardia, y adargarme con él, para que no me ofendieran las flechas, lo que a Dios gracias logré. Estando ya allí rodeados de fuego, y viéndonos perdidos, les dije a los soldados: vamos a mi casa, que quizás allí nos defenderemos mejor, fuímonos, y ellos no llegaron a la misma casa, sino que se quedaron en un cuartito, que el día antes habíamos acabado de hacer, contiguo a la misma casa, distante un puerta de la otra como catorce pasos, desde allí estuvieron haciendo fuego; yo me cerré en la casa con dos muchachos, y me puse con ellos a implorar la Divina Clemencia por medio de María Santísima, San Diego, y otros Santos, para que nos libertaran de tantos enemigos, que nos rodeaban, como era el fuego, y los indios.

Estando en esta súplica, no me podía aquietar suspirando por mi Padre amantísimo Fray Luis, y así determiné meterme por entre las llamas, por ver si estaba en su casa, fue pues, y habiendo detenido el resuello, entré corriendo, palpé en la cama, y ya no lo hallé, y así me volví a salir corriendo; tuve la fortuna, que no se había todavía caído los palos del techo, que estaban ardiendo, por cuyo motivo no padecí detrimento alguno. Me volví a la otra casa triste, y desconsolado, y luego ví que ya la habían prendido fuego, avisé a los soldados, y les dije, vieran si lo podían apagar, pero ellos, o no pudieron, o no me entendieron: viéndome ya rodeado de las llamas me ocurrió el ver, si podía sacar unos tercios de ropa, no por libertarla, sino para atrincherarnos con ella, y habiéndome ayudado los dos muchachos, saqué tres fuera de la casa.

En estas diligencias estaba, cuando llegó un soldado, y me pidió de la pólvora, que había en la Misión: me alegré tanto de esto, que me pareció haber sido providencia de Dios, pues había en un cajón de la misma casa, o troj, donde ya estaba ardiendo, una talega con dos arrobas; fui corriendo a sacarla, y se la entregué, advirtiéndole, que cogiera toda la necesaria, y la demás la pusieran en medio de la plaza, para libertarla del fuego, y fuésemos todos abrasados: viéndome ya cercado del fuego, me fui con los muchachos a donde estaban los soldados, y apenas llegué, cuando oí un tiro de escopeta en la fragua, e inmediatamente vi, que venía corriendo el herrero Felipe Romero, el que nos dijo que encomendáramos a Dios al otro herrero José Arroyo, a quién ya habían jareado, y muerto: el dicho Felipe se libertó, porque disparó un balazo a un gentil, y lo mató, y con esto se apartaron los otros, y tuvo lugar para incorporarse con nosotros. Ya dije arriba, que el paraje a donde quedaron los soldados, cuando desamparamos la guardia, estaba contiguo a la casa o troj, donde yo me fui, por cuyo motivo luego llegó allí el fuego, y así nos fue preciso buscar otro sitio, y ya no había en toda la Misión, pues por todas partes ardía, sin haber quedado ni el más mínimo edificio: viéndonos totalmente perdidos, sin podernos arrimar a parte alguna, le dije a los soldados: vamos a la cocina, y allí nos atrincheramos con los fardos de ropa, que saqué; era ésta de cuatro o cinco pasos en cuadro, cerrada por las tres partes con adobes sueltos, uno sobre otro, y por delante abierta: les pareció bien a los soldados; cogieron las bolsas de balas, y demás instrumentos de guerra y nos fuimos corriendo a ella: luego como llegamos dos soldados fueron a arrastrar los fardos, y medio cerraron la delantera, con cuya diligencia los hirieron bastante, pero Dios quiso, que medio compusieron la entrada. La dicha cocina no tenía más techo, que un poco de tule suelto, que los muchachos cocineros habían puesto para resguardo del sol, el que luego se prendió, y apartaron inmediatamente los soldados.

Luego como llegamos a ella, habiéndonos visto nuestros enemigos juntos, fueron tantas las flechas, piedras, y pedazos de adobe, y tizones, que nos tiraron que parecía intentaban sepultarnos: dos soldados, que sólo quedaban útiles, no cesaron de hacer fuego, y allí como a ocho pasos de distancia quedó un gentil muerto de un balazo: servíales a éstos de resguardo las mismas paredes de las casas de los Padres, ya abrasadas, que estaban muy próximas, y por esto nos tiraban aun más acierto: es imposible ponderar a Vuestra Reverencia las flechas que venían derechamente a mi cabeza, y daban en los adobes, sin que gracias a Dios me ofendiera una, aunque es cierto, que se clavó una en la almohada, que tenía para resguardo de la cara, la que luego quité, pues con ella me adargaba. Para mayor alivio de las congojas me entregaron allí los soldados la talega de la pólvora: puede Vuestra Reverencia considerar, qué tal sería la aflicción de todos viéndonos con tanto fuego por sobre los cuerpos a causa de los tizones, que nos tiraban, y con el peligro de ésta. En esta aflicción dije a los soldados: amigos, el lance está muy apretado, los enemigos muchos, nosotros pocos, acudamos a Dios, y a María Santísima, y pidámosle de veras a esta Divina Señora nos favorezca, reprima el furor de nuestros enemigos, y nos deje victoriosos de ellos: para cuyo efecto y yo de mi parte le ofrezco ayunar nueve sábados, y celebrar en honra suya nueve misas, etc.; a todo lo cual se ofrecieron res-

pectivamente los soldados, y los demás, que allí estaban, y parece que visiblemente oía nuestras súplicas la Divina Señora; porque muchas veces quité los tizones del fuego de la misma talega. En este paraje fue, donde recibí una terrible pedrada, que me dieron en el hombro, y aunque sentí el dolor del golpe, por entonces lo disimulé, por no afligir a los demás, ni lo dije hasta pasados dos días, que me fue preciso dar una untada de aceite, y sin más remedio que éste se me ha quitado a Dios gracias.

Todos estábamos suspirando por la luz del día, pues la otra no faltaba, y nos parecía tan larga la noche como pena del Purgatorio: se suspendieron un rato las flechas, aunque no las piedras, y tizones, y esta misma suspensión era para mí una congoja, pues juzgaba que se detenían, para hacer con más furor el último avance al amanecer; y verdaderamente que no fueron mal fundadas mis sospechas, pues apenas amenció, nos dispararon tal nublado de flechas, que ya nos confundía; oía yo a aquellos, que antes habían sido mis hijos fieles, dar las órdenes, para del todo acabarnos, animando a sus confederados para ello; pero Dios permitió, que un tiro que dieron a tiempo, los acobardara, e hiciera huir con presteza. Viendo la fuga de la multitud de los enemigos los hijos de la Misión los de las rancherías de Nuestro Padre San Francisco, y los de Nuestra Señora de la Soledad, que a la sazón se hallaban en la Misión, para oír misa ese día, salieron en seguimiento de ellos, con sus armas, y según me han informado, no dejaron de flechar a algunos, aunque es cierto, que no se apartaron mucho de la Misión: no salieron antes a nuestra defensa por temor de la noche.

Luego como se fueron los gentiles, vimos un indio californiano gritando, llamado Ignacio con otro de los de acá, llamado Roque, por otro mal impuesto nombre, Barrabás, y decían, que no les tiraran, y que ya los gentiles se habían ido; que no tuviéramos miedo; los dejaron llegar, y luego inmediatamente les pregunté: hijos, dónde está el Padre Luis? Y me respondieron: Padre no lo sé; cuya respuesta fue una penetrante espada que me atravesó el corazón; luego fueron llegando todas las mujeres cristianas tristes, y desconsoladas, cuya visita en parte me sirvió de tristeza, y en parte de alegría, pues aseguro a Vuestra Reverencia que mi imaginación estaba vaqueando por muchas partes, y apretada de todos modos: luego fueron llegando unos tras otros los indios habitantes de continuo en la Misión, y los de las dos Rancherías dichas, y advertí que los de la Misión, venían sin armas, los otros con ellas, lo que me hizo sospechar algún engaño, del que salí luego, como empezaron a hablar, y decirme, que ya ellos habían ahuyentado a nuestros enemigos, que no tuviéramos miedo, ni temor. Salí pues de la triste cocina, y habiéndome puesto delante de todos me abrazaron, y reconocieron como a su Padre. No puedo ponderar este paso, porque ni sé si la congoja, o la alegría me conturbaron; apenas me despejé algo, mi primer objeto fue el Padre Luis; y así les dije a los indios, que fueran a ver, donde estaba el Padre; a otros que fueran a buscar la caballada; a otros que vinieran a avisar al Presidio, y a otros que fueran a traer agua para la troj del trigo que estaba ardiendo todavía; todo lo cual ejecutaron con la mayor brevedad: dividióse cada uno a la que se le mandaba, y los que fueron a buscar el agua fueron los primeros que vieron a su Padre; vino uno corriendo, y me dijo, que el Padre estaba en el arroyo; le pregunté: si vivo, o muerto; y me respondió, que muerto. Considere Vuestra Reverencia mi dolor, y sintiendo cuál sería al oír que ya era muerto; pero como Dios quiso les dije que fueran a subirlo; no tardaron mucho en hacerlo: y si al oír decir que ya era muerto, fue grande mi sentimiento, fue mayor mi aflicción cuando ni su figura registraron mis ojos, pues lo ví totalmente desfigurado, y conocí que su muerte había sido totalmente cruel, y a satisfacción de los bárbaros; lo ví totalmente desnudo hasta de los paños de la honestidad, su pecho, y cuerpo agujereado como una criba a los fieros jarazos, que le dieron, y su cara toda aplastada a duros golpes de macanas, y piedras: finalmente sólo se conocía, que era el Padre Luis, por cuanto registraban los ojos la blancura de su cuerpo, y el cercuillo en la cabeza; y aún fue fortuna no se la quitaran, como tienen de costumbre estos bárbaros en las muertes de sus enemigos.



Apenas vi a mi difunto Padre y compañero cuando me dio un desmayo, que en mucho rato no volví, y quién sabe que me hubiera sucedido, si las indias, al caerme sobre el cuerpo del Padre difunto, no me hubieran cogido en sus brazos, las que me mantuvieron en ellos hasta que dándome agua a beber, y bañándome la cara con ella, me hicieron volver: experimenté las angustias, y sentimientos, pero no los puede explicar mi pluma, pues va mucha diferencia del decir al experimentar, y se me representaba la pérdida de un compañero, a quién amaba, y reverenciaba mucho confundiendo a mi tibieza la excelencia de sus virtudes. Pero Dominus Dedit, Dominus abstulit sit nomen Domini Benedictum.

Luego como volví de mi desmayo, ya vi a los soldados del Presidio, y entre ellos al cabo, me consolaron, y se empezaron a tomar las providencias necesarias. Se hicieron cinco tapestres, dos para los dos difuntos, y los otros tres, dos soldados, y el Maestro Carpintero, que estaban gravemente heridos, y este último murió al quinto día: los otros dos soldados, aunque estaban heridos, se animaron a venir a caballo hasta el Presidio; compuesto ya todo, los indios cargaron a los difuntos y enfermos, y poco a poco nos venimos al Presidio: yo me vine a pie acompañando a los difuntos.

Llegamos al Presidio, y con los tristes ayes, y suspiros de sus moradores, se renovaban cada instante mis penas, solicité luego un hábito, cuerda y paños menores para mi difunto Padre, y todo liberalmente me lo concedió un bienhechor, pues a mí no quedó otra cosa que el hábito, y túnica que visto, de lo que me hubiera desnudado, a no habérmelo dado el bienhechor; pero confieso su liberalidad. Por la tarde convoqué a mis tristes indios, y fuimos a la iglesia a rezar el Rosario por el difunto Padre. Al día siguiente después de haber celebrado el Santo Sacrificio de la Misa con un ornamento que dice a todos los colores, y estaba en este Presidio para dicho fin de celebrar, y por no tener otro día con él sepultura eclesiástica en la iglesia de este Presidio al sobredicho Padre Luis Jaime, y al maestro herrero, diciendo algunos salmos, y oraciones de los difuntos de memoria, por no tener manual. Estos fueron Reverendo Padre Presidente los trágicos sucesos de esta pobre Misión.

Y debo advertir a Vuestra Reverencia que los soldados, que entonces se hallaban en la Misión, eran cuatro, pues aunque debían ser cinco, había ya algunos días que se había retirado enfermo al Presidio, y todavía no lo habían reemplazado: de los cuatro, uno estaba sin cuerda, por cuyo motivo a la primera salida ya lo imposibilitaron a jarazos. De la otra gente española éramos, los dos herreros, el maestro carpintero, los dos muchachos y yo. No dejó de conocer que Dios particularísimamente nos favoreció, pues de los soldados, aunque heridos, estuvieron haciendo fuego hasta lo último: los otros dos con el maestro carpintero quedaron imposibilitados desde el principio, y según he sabido después, nos asaltaron cuarenta rancherías.

Este mismo día después del entierro determinó el cabo ir con algunos soldados a traer algunos despojos, que quedaron, como era las chapas de las puertas quemadas, algunas herramientas del campo, la caballada, y ganado, las yeguas, y algún trico que no pudo acabar de quemar, etc. De todo se perdió, porque a todo ganado mayor, menor, y caballada jarearon nuestros enemigos, sin dejar ni aún los puercos: pero gracias a Dios, no fueron muchas las cabezas muertas. De todo informaré a Vuestra Reverencia por inventario, que haré tanto de plata fundida en la iglesia, como de campo, etc. que es casi nada. Este día seis por la tarde ya puesto el sol se despacharon 3 soldados de correo, para dar el aviso al señor Teniente que se hallaba en la fundación de la Misión de San Juan Capistrano, de cuya ocasión me aproveché, para escribir a los Padres, dándoles las tristes noticias acaecidas, y solicitando los sufragios para mi difunto Padre compañero, y juntamente lo hice a los Padres de San Gabriel, a los que pedía todo consuelo con la venida del uno de los tres, que allí se hallan, pues no juzgaba se hubiese desamparado la nueva Misión, donde ya algo se había trabajado.

El día 7 recibieron los Padres las cartas, y se penetraron de dolor, al ver los trágicos sucesos de esta Misión abrasada: resolvió luego el Señor Teniente dejar de fundar por ahora aquella Mi-



MISION SAN DIEGO DE ALCALA

sión, y socorrer a este Presidio, y pacificar a estos indios; inmediatamente salió esta misma tarde con algunos soldados, dejando orden para que al siguiente día lo siguieran los demás, que allí quedaban, como de facto se ejecutó, aunque con sentimiento de los Padres fundadores, los que luego se conformaron con la voluntad divina, conociendo ser conveniente su retiro a este Presidio. El día 8 por la tarde llegó el señor Teniente y luego empezó a tomar algunas providencias para la seguridad de este Presidio, puso centinelas de a caballo para dar vueltas toda la noche alrededor del Presidio, etc. No dejamos de tener algunos sustos estas noches, pues en una se oyeron alaridos de un sauzal con correspondencia del uno al otro lado: en las otras por algunas noticias adquiridas se esperaba el asalto de los enemigos, y en la actualidad estamos con estos temores, pues, según han afirmado los cristianos de la Misión, dijeron nuestros contrarios, que la primera invasión sólo era probar, si eran guapos los soldados, y que después vendrían más gentiles a pelear con todos. El día 11 al anochecer llegaron mis amados Padres compañeros, y fundadores de la Misión de San Juan Capistrano Fray Fermín Lasuén, y Fray Gregorio Amurrio, nos saludamos recíprocamente más con las lágrimas que con las voces, fue su llegada para mí de mucho gozo, pues su presencia me hizo olvidar hasta los dolores corporales, que padecía.

Al siguiente día, dedicado a nuestro Patrón San Diego, celebramos los tres el Santo Sacrificio de la Misa, y no pudimos celebrar la fiesta, como nuestro afecto deseaba, por los muchos quehaceres que se ofrecían. El día siguiente celebramos las exequias del difunto Padre Luis cantando la vigilia, y Misa de Difuntos, hoy continuamos celebrando por su alma; lo que suplico a Vuestra Reverencia encomiende a todos los Padres. En este mismo día determinamos hacer un novenario, cantado por el real, la letanía de todos los Santos, para implorar la divina clemencia por la pacificación de los indios, y para que todo ceda en su mayor honra, y aumento de la cristiandad. Estamos cada día esperando nuevos insultos, por cuyo motivo no cesamos de rogar a Dios por la intercesión de María Santísima nos dé la paz, que deseamos ejercitándonos los Padres y neófitos en estas súplicas, sin omitir la enseñanza de la doctrina, y demás ejercicios necesarios.

Por las acciones, que experimenté después de la huida de nuestros enemigos, reconozco, que no fueron traidores los indios, que en la Misión de continuo se mantienen, ni los de las rancherías de Nuestra Señora de la Soledad, los de Nuestro Padre San Francisco, ni de San Antonio de las Choyas, y lo mismo ha experimentado el señor Teniente en las diligencias que ha practicado, pues habiendo apresado a Diego, y José María, intérpretes, y a otros dos, salieron libres los primeros, y dejó presos a los segundos los cuales se habían huido con otros de la Mi-

sión, y los apresaron los mismos indios de la Misión, diez días antes de que sucediera el asalto: no sé si serán cómplices en las juntas.

Remito a Vuestra Reverencia el incensario, para que pueda conocer algo del mucho daño, que causó lo voraz del incendio: la restante plata del copón, cáliz, vinajeras, atril, crismas, y galones de los ornamentos, la guardo hasta que venga el barco, que la enviaré a Méjico, para aprovecharla en las cosas necesarias para la iglesia; a no ser que Vuestra Reverencia ordene otra cosa. Por ahora suplico a Vuestra Reverencia me socorra con algunos ornamentos precisos para celebrar, y se digné suplicar al Excelentísimo Señor Virrey socorra a esta pobre abrasada Misión con lo necesario para la iglesia, en la que no queda otra cosa que las campanas. De los demás utensilios de la Misión, y uso de los Padres no ha quedado nada sino alguna herramienta quemada, como ya dije. De trigo, se recogieron como cincuenta fanegas: los fardos, que dije nos habían servido de resguardo, aunque yo pensaba que los tres eran de ropa, no fue así, pues uno se componía de puros lazos, y reatas de esmilquilpan, y aún éste en la trinchera algo se quemó con los tizones que nos traron. Los otros dos, el uno se componía de puras frezadas pastoras, y sólo tenía como cincuenta, las demás ya se habían antes distribuido: e lotro sí que estaba intacto, y se componía de una pieza de bayeta, de doce piezas de manta poblana, y de treinta frezadas pastoras con todo lo cual socorro las necesidades de los pobres indios.

Espero las órdenes de Vuestra Reverencia para la reedificación de la Misión, a la que estoy pronto, sin que me aflijan los pasados infortunios, y desgracias, pues confío en Dios, y en la protección de María antisima y San Diego, que todo se compondrá: pero sí advierto a Vuestra Reverencia que de los seis soldados que había señalados no sólo se extraía uno, antes bien, si se pudieren añadir más, quizás no sucederán estas fatalidades.

No podemos fiar, en que está cerca el Presidio, pues viéndose, como se ve, tan clara la Misión desde aquí, no sólo no nos favorecieron pero, ni aún vieron el incendio, cosa que a cualquiera, que vea la situación de ambos parajes, causará admiración.

Fue especial providencia de Dios no acabaran también con el Presidio, y su gente que estaba tan poco prevenida como nosotros. Ya caminaba igual o mayor tropa de indios para hacer otro tanta, que hicieron en la Misión, en este Presidio, del que ya se hallaban cerca, cuando vieron arder las casas de la Misión y temerosos de que lo mismo verían, como podían ver muy bien, los centinelas de este Real, se regresaron a juntarse, con los que nos estaban combatiendo: en la impaciencia de éstos estuvo la fortuna de libertarse el Presidio, pues no esperaban a la señal,

en que habían convenido, para efectuar el estrago: esta era, que así que vieran los que quedaban en la Misión arder las casas del Presidio, pegasen fuego a las de la Misión; y si así sucede, apenas queda quien lo hubiera contado: Por fin aunque con escarmiento en cabeza propia nos hemos desengañado, de que estos indios esperan la ocasión, de que haya entre nosotros falta de fuerzas, pues al ver que eran sólo cuatro soldados los de nuestra escolta, y que se habían sacado del Presidio los necesarios para la fundación de la Misión de San Juan Capistrano, se determinaron, según hemos sabido, a este atrevimiento.

Hasta la fecha de ésta han hecho los soldados tres, o cuatro salidas, en la primera trajeron dos mujeres cristianas, y según he sabido dijeron que se estaba acopiando gente, para venir a pelear a este Presidio; en la segunda cogieron a un indio de la Misión, llamado Joaquín, que fue uno de los que juntaron gente en compañía de Francisco: en la tercera cogieron a seis cristianos, entre ellos un capitán, que fue uno de los mayores congregantes; todos los cuales tiene presos el señor Teniente, y según yo he percibido, vienen las maquinaciones de acabarnos, desde la otra banda, por lo que declara dicha capitán: lo cierto es, que está muy cerca el Río Colorado, y fácilmente se comunican éstos con aquellos, por cuyo motivo mucho podemos temer las maquinaciones, e industrias de aquéllos, aunque no les faltan a éstos. Dios favorezca a ellos, y a nosotros, y le ruego los traiga al gremio de su iglesia.

Lo más que me aflige es, que no puede tener entera confianza de las cristiandad por algunos antecedentes. Para traer a los que han sido fieles e infieles se necesitan providencias; y éstas por ahora no se pueden tomar, pues esperamos de una noche a otra, otro asalto semejante, o mayor al pasado. Hasta ahora las rancherías arriba dichas no han sido comprendidas en las pasadas maldades: la gente de la Ranchería de San Antonio de las Choyas habita de continuo en este Presidio: el domingo antecedente me faltó gente de la Soledad, por cuyo motivo se debe andar con mucho cuidado; procurar con este mismo cumplimiento de mi obligación; aunque conozco que en muchas cosas he de errar; pido a Dios no sean yerros voluntarios. Espero de Vuestra Reverencia las instrucciones necesarias. Es preciso componer nuevos libros de partidas, y no los tengo, ignoro el nombre de muchos cristianos, y ni ellos lo saben; cuya advertencia será necesario poner en el principio de cada libro.

Finalmente Vuestra Reverencia verá lo más conveniente y si se pudiera lograr, que Vuestra Reverencia viniera a este Presidio, pudiéramos mejor componer las cosas. También sería por ahora muy conveniente la asistencia del señor Capitán Comandante don Fernando de Rivera para la pacificación de estos indios, pues para ello se necesita gente. Vuestra Reverencia discurrirá lo más conducente para la honra de Dios, y estabilidad de esta Misión abrasada, y Presidio. Informaré a Vuestra Reverencia, concediéndomelo Dios, las resultas y lo que en adelante se averiguare: por ahora quedo rogando a Dios guarde a Vuestra Reverencia muchos años en su santa gracia. Presidio de San Diego, y noviembre, 28, 1775.

Beso la mano de Vuestra Reverencia su más rendido súbdito que le venera. Fray Vicente Fuster.

## VISITE PETRA (ESPAÑA) CUNA DE FRAY JUNIPERO SERRA

Usted será cordialmente recibido en la Casa Solariega y Museo del P. Serra de 10:30 a 1:30 y de 15 a 19 hrs. Visite igualmente la Iglesia Parroquial donde fue bautizado, el Convento San Bernardino donde aprendió las primeras letras y su plaza con el monumento.

Conocerá notables obras de arte y todo lo relacionado con el fundador de las Misiones Californianas.



Pila bautismal

## ORACION

(Para devoción privada)

SEÑOR NUESTRO JESUCRISTO, dignaos benignamente elevar a Vuestro siervo, Fray Junipero Serra, a los honores de Vuestro altar. Haced que por sus méritos alcance, no obstante mi indignidad, la gracia que deseo, si ha de ser para mayor bien de mi alma. Amen.

Padre Nuestro, Ave María y Gloria.